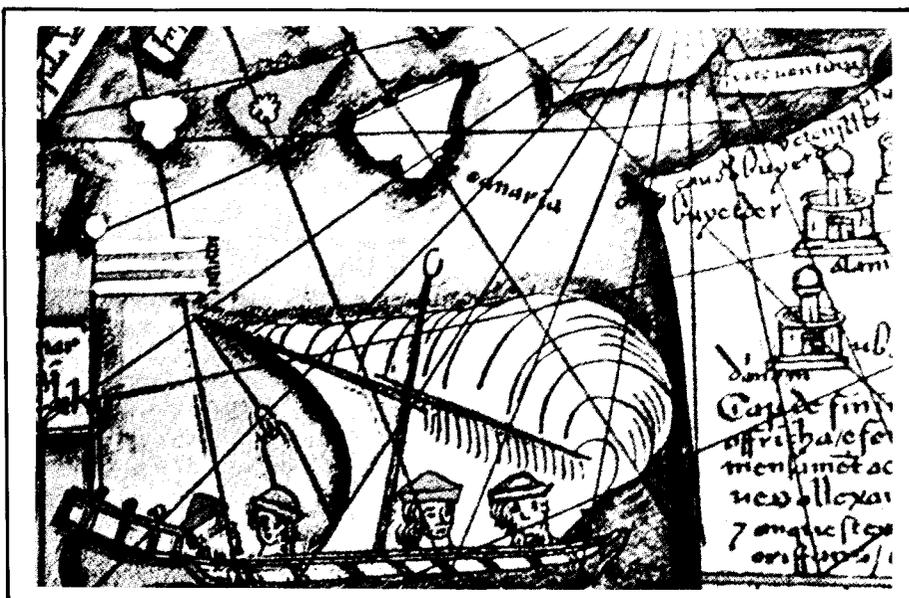


LEYENDAS POPULARES CANARIAS



La historia del descubrimiento, conquista y colonización de las Islas Canarias ha dado a la posteridad extraordinarios relatos, tanto escritos como orales, difíciles de hallar en cualquier otra parte del mundo. Se trataba de incorporar una cultura de la edad de piedra a la cultura europea de principios de la edad moderna, y eso ha sido caso único en la historia. Al margen las valoraciones que puedan hacerse sobre una empresa conquistadora de este tipo, llevada a cabo por las armas y siempre con desventaja para el pueblo conquistado, para nosotros, como hombres del siglo XX, lo extraordinario es volver la vista atrás sobre los escritos que los cronistas hicieron de aquellos episodios históricos o bucear en el presente sobre los relatos orales que la tradición popular ha conservado hasta hoy sobre aquellos mismos hechos y comprobar cómo dos pueblos pertenecientes a razas y épocas culturales tan distantes pudieron, con independencia de las armas, relacionarse y convivir en muchos aspectos de la vida íntima o social. Pero así como se ha prestado una atención especial a los relatos contenidos en las Crónicas e Historias que desde el momento mismo de la Conquista se han venido sucediendo hasta la actualidad no se ha dedicado igual atención a los relatos que sobre aquellos mismos hechos se han conservado en la tradición oral. Bien es cierto que los propios cronistas se inspiraron muchas veces en la tradición y en la leyenda (hay que tener en cuenta que algunas de las Crónicas tenidas hoy por las más "ajustadas y verdaderas" a la realidad se escribieron doscientos años después de ocurridos los hechos) y que por tanto lo que desde un principio era legendario se consagró como "histó-

LA LEYENDA DE GARA Y JONAY EN LA GOMERA



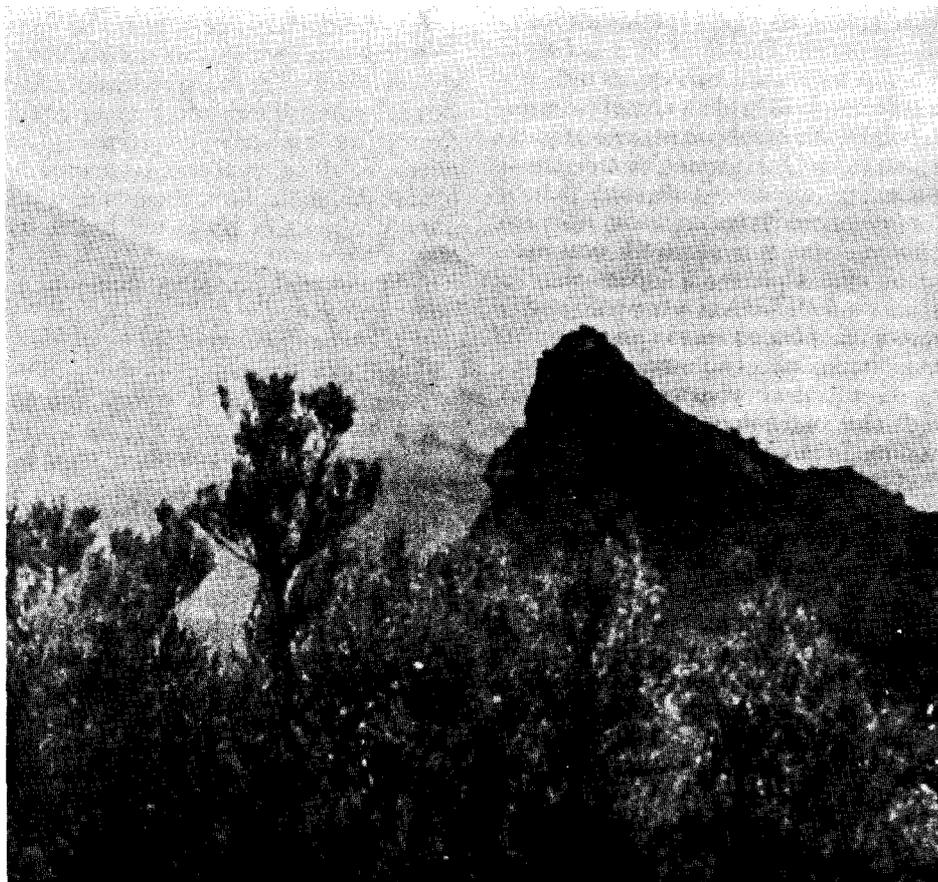
rico" en el sentido de estar escrito en libros de historia. El hecho no es exclusivo de la historia de Canarias pues la mayoría de las historias de los pueblos primitivos se han hecho así, pero lo cierto es que la tradición oral ha jugado un papel importantísimo en la que ahora llamamos historia de Canarias. Y no sería pequeña tarea, y desde luego tampoco sería desdeñable, deslindar lo verdaderamente histórico, es decir, lo documentado, de lo legendario.

La isla de la Gomera, en este sentido, guarda extraordinarios recuerdos para el investigador contemporáneo. Es de todos conocido que la conquista de La Gomera dio origen a una sublevación de los isleños contra la guarnición española de la Torre del Conde de San Sebastián muriendo en aquella conjura Fernán Peraza, señor feudal de la isla,

que tal acto dio a su vez lugar a una de las represiones más sangrientas que los conquistadores, por mano de Pedro de Vera, llevaron a cabo en Canarias y que aquellos acontecimientos siguen recordándose en la tradición oral de la isla. Pero es también muy conocido el notable conservadurismo de muchas de las tradiciones gomeras: el silbo, la cerámica popular, el baile del tambor, el romancero, el curanderismo, las leyendas locales. Algunas de estas últimas han alcanzado una cierta difusión al haber sido recogidas por los cronistas del XVI y XVII, como los amores de Fernán Peraza con la bella indígena Iballa, pero otras siguen viviendo en el recuerdo único de sus habitantes y poco o nada se han difundido fuera del ámbito insular. Este es el caso de la leyenda de Gara y Jonay, relato totalmente legendario referido a un episodio que, de ser cierto, habría que ubicar en los tiempos anteriores a la conquista y que no he hallado escrito ni citado en ningún libro histórico.

Ya yo había oído la leyenda en una de mis primeras visitas a La Gomera y más tarde algún reportaje por televisión en donde se hacía referencia a ella, siempre tomando como fuente la tradición oral, pero fue en el verano de 1983, en el curso de unas encuestas romancísticas por la isla, cuando tuve ocasión de oír y grabar el relato completo de labios de varias personas. No pude comprobar el grado de tradicionalización ni de difusión que la leyenda de Gara y Jonay tenía dentro de la propia isla porque no eran entonces las leyendas el objetivo de mis encuestas, pero me interesó el hecho por dos razones: Primera, porque aparentemente se trataba de un episodio prehispánico que había sobrevivido por transmisión oral hasta la actualidad; Segunda, porque la leyenda varía de informante a informante, como ocurre siempre con cualquier relato oral, pero la fábula sigue siendo la misma: el final trágico de unos amores que se enfrentan a unas circunstancias familiares o étnicas adversas. Al fin y al cabo fábulas de este tipo existen en todas las culturas del mundo, por lo que bien podemos hablar de un relato mítico, pero la leyenda de Gara y Jonay tiene mucho de particular por lo que trasluce de circunstancia de ambientación en un medio y en una cultura determinada, en este caso la cultura primitiva de un pueblo de la edad de piedra.

Esta ambientación es lo que más me interesó en el relato de mis informantes, es decir, el cómo después de muchos siglos y, lo que es más importante, pertenecientes a otra cultura que nada tiene que ver con aquella en que se sitúan los hechos, el informante gomero de 1983 sigue hablando de los hábitos de los guanches y comprendiendo sus ritos y costumbres. Así, el



uso de unas pieles de cabra hinchadas como instrumento de navegación que utiliza Jonay para pasar de Tenerife a La Gomera, puesto que los guanches —se dice hoy todavía— no conocían medios de navegación; así, la pérdida de la mano y muerte con que los familiares de una tribu castigaban a quien había ofendido a la mujer de otra tribu; así el “juicio” público que los guanches realizaban en *tagoror* sobre cualquier acontecimiento que, como en el caso de la ofensa de Jonay a Gara, trascendía la rutina de una vida plácida y sin problemas; así, en fin, ese espíritu de absoluto bienestar en que vivía todo un pueblo que tenía como ocupación única el pastoreo.

El relato de la leyenda de Gara y Jonay que transcribo a continuación tiene todo eso, es verdad, como lo tendría la transcripción de cualquier otra versión de otro informante gomero; o sea, tiene el esqueleto mínimo de los hechos constitutivos de la leyenda y una ambientación que parece corresponder muy bien con la forma de vida que según las crónicas y la historia tenían los primitivos canarios; pero tiene además una gracia y una sabiduría en el modo de contarle que la hacen singular, y eso se debe no a la leyenda en sí sino al informante que ha sido capaz de recrearla de una forma verdaderamente poética y desde luego eficaz. La leyenda, tal cual se presenta en esta versión, une a la indudable belleza del relato una nada despreciable poesía en el discurso narrativo. Es, en resumen, la

mejor versión que conozco. Claro que quien me la contó no es el informante típico de las cosas populares que puedes encontrarte en cualquier lugar, ordinariamente analfabeto, de modos rurales, hablante tosco y poco dado a las florituras literarias; no, mi informante une a sus raíces populares una extraordinaria sabiduría heterogénea de las cosas de su isla y una fluidez y riqueza verbal propias del hombre culto. El es Virgilio Brito, de unos 60 años, natural de La Gomera y vecino de Hermigua, el hombre que más sabe sobre La Gomera y el que más se ha preocupado de guardar y de transmitir la historia y las cosas de su isla. El texto de la leyenda que a continuación transcribo apenas si tiene modificaciones a lo que él me contó. Esta es su bellísima historia.

LEYENDA DE GARA Y JONAY

Jonay era príncipe de Tenerife y Gara princesa de La Gomera, princesa pastora, claro; y cada uno vivía un mundo de ensueño, un mundo ideal, un mundo aparte de todo lo que les rodeaba. Jonay se pasaba los días arriba en los peñascos, frente a La Gomera, mirando hacia ella, obsesionado; y Gara, deshojando las margaritas, no quería relacionarse con nadie. Atraído por esa fuerza misteriosa Jonay llegó a La Gomera sobre dos odres inflados (un odre es una piel de cabra). Se adentra en la isla y se encuentra con unos pastores, dialoga con ellos y les pregunta cómo era la princesa Gara. Un pastor, el más

locuaz, un día que los demás están adentrados en el bosque, le dice:

—Gara es la princesa más bella que jamás haya existido en La Gomera; pero no quiere oír palabras de amor de ninguno de los pastores. Todo el día se pasa deshojando margaritas, aislada, sola. Y cuando le hablamos de amor ella dice que su amor vendrá por el mar. Mira, en las próximas lunas serán las fiestas del Bellesmén y su padre se la entregará al mozo que la pretende. Tú eres joven, tú eres animoso, tú eres fuerte y podrás ganar si te presentas a las luchas; pero previamente tienes que hacerte amigo nuestro.

Jonay pensó: —Yo sí voy a luchar por ella, pero no voy a esperar a la próxima luna; lo haré ahora mismo. Y le dice al pastor:

—¿Dónde la puedo ver?

—Cuando el sol caiga ella irá por agua a la fuente con el gánigo; te escondes detrás del tajinaste y allí la podrás hablar. Pero no le digas que yo te lo he dicho.

Así lo hace. Cuando llega Gara empieza a hablarle:

—Gara, mi corazón te presentía pero nunca imaginé que fueras tan hermosa. He venido por ti desde la isla grande y quiero oír de ti una palabra de amor.

Gara, por su condición de mujer, lo rechaza, Jonay sale huyendo, pero la gacela había sido herida: cien pájaros revolotean en su seno:

—¡Es él! ¡Mi corazón lo presentía! ¡Pero no puedo hablarle, mis leyes me lo prohíben! ¡No puedo hablar con un extraño y menos aún con uno que no sea de mi estirpe!

Jonay vaga todo el día apesadumbrado, vuelve a la vereda y posa una y otra vez sobre las pisadas que dejó Gara. Tiene una cueva donde duerme y cada mañana renueva sus deseos de volver a verla. Tiene que decirle todo su amor: un trono de reina le espera en la isla grande. Y se vuelve a repetir la escena. Jonay la requiere de nuevo y de nuevo Gara lo rechaza.

—¡Es posible que no quieras oír una palabra de amor! ¿Por qué no quieres sentir de cerca los latidos del corazón que te ama? ¿En la isla grande un trono de reina te espera! ¿Por qué me rechazas?

—Si sigues importunándome yo llamaré a los míos y vendrán a prenderte!

Jonay, desesperado, febril, loco de amor, le da una bofetada:

—¡Ahora ya tienes motivo para llamar a los tuyos, hermosa princesa!

Gara no gritó, pero un pastor que escondido presenciaba la escena les comunicó a los del clan por medio del silbo y antes de que se diesen cuenta ya Jonay estaba rodeado y atado con gruesas correas para comparecer ante el ta-

goror. Gara, en su cueva, ponía las finas yemas de sus dedos sobre sus blancas y suaves mejillas como queriendo apriar, como queriendo retener aquel rumor de espliego, de romero, de mirto, de alhelí, cual eran las manos de Jonay. Y pedía fervorosamente a su dios que pudiera librar del hacha las manos de su amor.

Se reúne el tagoror y comienza el interrogatorio:

¿De dónde has venido?

—De la isla grande.

—¡No te burles, hermano, eso no es posible!

—Sí, —dice un pastor—, yo lo he visto llegar sobre cueros.

—¿Y qué has venido a buscar a La Gomera?

—He venido a buscar a Gara.

—¿Sabías quién era Gara?

—No lo sabía, pero lo presentía; sabía que estaba al otro lado del mar, lo sabía por el polen, por las gaviotas, por el viento.

—¡Terminemos! ¿Cuál es la condena? La condena por requerir de amor a una princesa en un descampado y pegarle es la pérdida de la mano y la muerte.

Jonay invoca también su condición de príncipe:

—Yo soy hijo de Tinerfe el Grande que reina desde las orillas del mar hasta las cumbres del Teide gigante!

—Si es así, por tu condición de príncipe se te perdona la muerte pero se te cortará la mano.

—Mi vida y mis manos las hubiera dado gustoso por el amor de la princesa, pero ella me ha rechazado y ya no me importa morir.

—¡Entonces serás ejecutado mañana al amanecer!

Jonay es encerrado en una cueva, atado con gruesas correas. Allí no puede ordenar sus pensamientos; quiere rechazar los pensamientos que le hablan de Gara pero no puede; febril, sudoroso, descorazonado, no puede dormir. A la hora del alba oye unos pasos ligeros. Es Gara que viene a libertarlo:

—¡Huyamos, príncipe Jonay! Nunca pude creer que tu amor fuera tan sublime: te doy la libertad y yo me encadenó a ti con mi amor. ¡Pero apresurémonos para ganar la orilla, yo quiero ir contigo a tu isla!

Llegan al mar y comprueban que las corrientes habían roto las correas que ataban los odres, ya no pueden navegar. Mientras tanto los guanches descubren que Jonay no está en la prisión ni Gara en su cueva e inician su persecución. Van cercando los lugares por donde pretenden huir, por La Laguna Grande, por los Roques de Acamadre, pasan por el Barranco de Budiel, por el Llano de Armomame; se ven cercados en el monte más alto, aislados en la

altura, imposibilitados de huir a ninguna parte.

—¡Jonay, no podremos escapar!

—¡Sí, pero mi condición de príncipe me impide morir sin luchar! ¡Mi sangre se mezclará con los de tu clan! ¡Las lágrimas de mi madre se mezclarán con las lágrimas de las madres de los tuyos!

—¡No, Jonay, las lágrimas de tu madre se mezclarán con las mías!

—¡Yo quiero morir sin verte llorar! ¡Yo no quiero que tu sangre manche esta tierra!

—¡Ambas cosas no serán posibles!

—¡Sí, Jonay, verás que serán posibles!

—¿Es verdad que me quieres, Gara?

—¡Sí, te quiero, Jonay!

—¡Yo también te quiero hasta más allá de la vida!

—¡Yo quiero ir contigo a ese lugar: más allá de la vida, más allá!

—¡Oh, hermosa Gara, qué palabras más hermosas saben decir tus labios! ¡Y los sello con este beso: mi primero y último beso de amor sobre la tierra!

Era ya el atardecer. El disco del sol, por una combinación mágica, simulaba un corazón sangrante que se hunde en el mar. Rojo el horizonte en un prodigio de maravillosa fantasía, ardían en mil tonalidades distintas los caminos del cielo por donde pronto, muy pronto, iban a rodar entre rosadas londas las almas entrelazadas de Gara y Jonay. Jonay corta un ramo de brezo, afila sus dos extremos y lo pone en medio de los dos, al lado del corazón.

—¡Estréchame con tus brazos: uno para ti, otro para mí! ¡Vamos, amor mío! ¿Nos quereamos hasta más allá de la vida?

—¡Sí, Jonay, más allá, más allá!

Cuando las espadas de madera, los puñales improvisados se hundieron en los inocentes pechos de los amantes un estremecimiento sacudió toda la fronda, una agonía de muerte invadió toda la isla. Y enmudeció el postrero cantar del pajarillo, y enmudecieron los suaves susurros de las palomas, y enmudecieron los murmullos de los barrancos, el agua, y las playas, y el mar. Luego, al troncharse los tallos de los brezos, la nieve caía. La nieve caía tiñó su blancura con aquellas dos rosas recién abiertas; son rosas de amor; rosas de amor cuyo perfume sigue aromando la isla donde las suaves brisas susurran eternamente en los oídos de los enamorados isleños en las noches de luna:

—¿Nos quereamos hasta más allá de la vida, Gara?

—¡Sí, amado mío, nos seguiremos queriendo más allá, más allá!

MAXIMIANO TRAPERO